

SEDANO MARTÍN, Teresa. *La idea y el sentimiento de la muerte en la Edad Media en Toro (Zamora)*. Zamora: Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”, 2013. 288 páginas.

Los imprescindibles congresos celebrados en 1986 y 1992 en la Universidad de Santiago de Compostela sobre *La idea y el sentimiento de la muerte en la historia y en el arte de la Edad Media*, coordinados por Ermelindo Portela Silva y Manuel Núñez Rodríguez, han servido para titular la atractiva monografía suscrita por Teresa Sedano Martín, trabajo de grado dirigido por la Dra. Lucía Lahoz Gutiérrez que fue presentado en la Universidad de Salamanca (Departamento de Historia del Arte-Bellas Artes) en 2010. Piezas del tablero como la liturgia fúnebre, los testamentos, los ámbitos para la sepultura o la iconografía han resultado fundamentales a la hora de jugar –y perder– la partida con la muerte. El tema, ensayado con sumo provecho desde la década de 1980 por la historiografía del arte hispana (Joaquín Yarza Luaces, Julia Ara Gil, Ángela Franco Mata, Manuel Núñez, Margarita Ruiz Maldonado, Francesca Español Bertrán, Rocío Sánchez Ameijeiras, M^a Jesús Gómez Bárcena o Sonia Caballero Escamilla), es abordado y estudiado en profundidad por la joven autora para el ámbito territorial de la ciudad de Toro.

Partiendo del análisis de la espiritualidad auspiciada por franciscanos y dominicos, pasará revista topográfica a la totalidad de la escultura funeraria gótica conservada en la ciudad de Toro (San Francisco, Santa Clara, San Ildefonso, Sancti Spiritus, colegiata de Santa María la Mayor y parroquias de San Lorenzo, Santa María de Roncesvalles y Santa Catalina y Museo de San Salvador de los Caballeros, donde se conservan cenotafios procedentes del Santo Sepulcro y Santa María de Arbas). No se trata de una pura enumeración de sepulcros pues el repaso incluye el ceremonial funerario según quedó registrado en crónicas, testamentos e imágenes, la revisión de los dogmas, las creencias sobre ultratumba y los programas iconográficos, sutil conciliábulo de las últimas vanidades de los ilustres finados y las linajudas aspiraciones de sus descendientes.

Las órdenes mendicantes, cuyo papel fue trascendental en el desarrollo de los ámbitos urbanos bajomedievales, propugnaron una nueva espiritualidad basada en la predicación, la enseñanza, la exhortación de la penitencia y la salvación del alma, herramientas que debidamente esgrimidas, resultaron imprescindibles armas de control social. Responsables de la erección de importantes edificios en el interior de las tramas urbanas en expansión desde la segunda mitad del siglo XIII, pronto se repartieron los vecindarios y asumieron holgadas rentas derivadas de la percepción de limosnas y los servicios funerarios. Nobles y menesterosos eligieron los conventos como última morada, recibiendo cristiana sepultura, adoptando sus hábitos como mortajas y celebrando funerales, misas o, aniversarios a cambio de piadosas mandas, entrando a veces en conflicto con catedrales, colegiata y iglesia parroquiales. En el caso toresano los frailes menores coparon el sector urbano oriental, dejando a los dominicos el occidental, aunque sólo hemos conservado –y muy transformadas– las discretas casas femeninas. Los enterramientos sufrieron además el embate de exclaustaciones, desamortizaciones, incendios y todo tipo de maléficos contratiempos.

La monografía tiene la virtud de incluir el análisis de las pinturas murales del gótico lineal procedentes del coro monástico de Santa Clara, arrancadas en 1962, están expuestas en la parroquia de San Sebastián. Peculiar lote sin clara parentela, atribuido con desmedido arrojo a la pintora Teresa Díaz (y más tarde al Domingo Pérez activo en la policromía del Pórtico de la Majestad de la colegiata), a falta de una exhaustiva introspección heráldica, desconocemos la personalidad concreta de sus promotores, si bien el emplazamiento original, seguramente a la vera de sus enterramientos (se perdió el sepulcro pétreo de la fundadora, doña Berenguela, hija mayor de Alfonso X el Sabio y doña Violante de Aragón; aunque tampoco cabría perder de vista el papel de la reina María de Molina), habla a las claras de un ámbito privilegiado, protegido por las clarisas plegarias y santificado por el profiláctico cortejo hagiográfico (Santa Catalina de Alejandría, San Juan Bautista, Santa Marta, Santa Lucía, Santa Águeda, San Ildefonso, Santa Margarita, San Cristóbal y Santa Catalina y San Bernardino de Siena), acompañando escenas del Juicio Final y

un ciclo cristológico (Natividad y Presentación, Epifanía, Bautismo y aparición del resucitado a la Magdalena).

Del que fuera convento dominicano de San Ildefonso ha sobrevivido un relieve de inicios del siglo XVI con una Anunciación –siguiendo la estela del maestro de Anaya– flanqueado por armas de los Deza-Tavera que pudo haber formado parte de un florido sarcófago y en el coro del Sancti Spiritus la maltrecha caja pintada de la fundadora doña Teresa Gil (tal vez hija del ricohombre de Alfonso III don Gil Martins de Riba de Vizela, exiliado en Castilla desde 1264), amante de Sancho IV y fallecida en 1310, que ha conservado restos policromados en la cubierta a doble vertiente y la zona superior de la caja, donde es posible reconocer señas heráldicas, un cortejo de religiosas y religiosos de la orden de Predicadores, plañideras y contritos, más un Calvario y un Pantocrator en los lados cortos (a su lado fue sepultada doña Leonor de Castilla, cuñada de Fernando I de Antequera, cuya humilde yacija fue sellada con azulejos renacientes). Pero la joya de la corona de la escultura funeraria toresana es el sepulcro de la olvidada reina Beatriz (1373-1420), hija de Leonor Téllez de Meneses y Fernando I de Portugal y esposa de Juan I de Castilla, que ambicionando la corona del reino portugués, fue derrotado en Aljubarrota en 1385. Se trata de una lujosa pieza exenta situada en el centro del coro del Sancti Spiritus, decorada por sus cuatro costados y rematada por su estatua yacente. La autora analiza meticulosamente la iconografía del monumento –demostrando así un depurado oficio disciplinar y un rigor fuera de toda duda– que derrocha alabanzas hacia los arcángeles Miguel y Rafael, los apóstoles San Pedro y San Pablo y los canónicos santos dominicos (Santa Catalina de Siena, Santo Domingo de Guzmán, San Pedro Mártir de Verona, Santo Tomás de Aquino, San Vicente Ferrer, San Alberto Magno, San Raimundo de Peñafort o San Gil de Santarém) y reserva escenas con la Crucifixión en la cabecera y la Anunciación a los pies, estructura que descansa sobre diez felinos haciendo presa sobre varios personajes y animales. Beatriz juega a dos bandas, amortajada como dominica en uno de los frentes, adopta ínfulas de serena reina viuda en la soberbia cubierta yacente, aferrada a un Libro de Horas y rezando el rosario *ad aeternum* tras ser definitivamente desalojada de la corte con la caída en desgracia de los Antequera. Curtida en desgracias y desengaños, cubierta por un manto de *saudade*, aún soporta estoicamente el aleteo de una pareja de ángeles que se encargan de coronarla para compadecerla, mirando al cielo, *minha rainha da dor*, con el más discreto de los respetos. Aún hay más, pues dos tablas pintadas pertenecientes a un desmembrado retablo custodiadas en el museo conventual y que Ruiz Maldonado filió con lo italianizante –no tan lejos de Avignon– y dató hacia 1430 (efigian a Santo Tomás y a San Pedro Mártir de Verona), podrían haber inspirado –como en Quejana– el sepulcro de la reina retirada. ¿Tuvo algo que ver fray García de Castronuño (confesor de Catalina de Lancaster y obispo de Coria) en la ejecución del sepulcro? Los expertos seguirán buscando posibles promotores.

De la colegiata sobresalen los sepulcros de doña María de Ulloa (con el auxilio, a Dios gracias, de una modélica Piedad, una Santa Ana Triple, San Pedro y San Pablo Mártir) y Juan Rodríguez de Fonseca, ejemplar expositor del buen morir publicitado por virtuosas maniqués que sostienen elocuentes blasones –tal cual su esposa– y auspiciado por la resolutive Misa de San Gregorio y las imágenes de San Bernardino de Siena, San Antonio de Padua y San Antonio Abad. Tampoco olvida la caja del obispo Diego de Fonseca, las de Pedro Rodríguez de Fonseca, *virtuoso cavaller*, y doña María Manuel, *mui virtuosa senora*, protegidos de Epifanía y Pentecostés, la de un caballero con esperanzada Anunciación y magullado sepelio frontal (quebrantamiento de escudos incluido) y el arenizado –el dichoso mal de la piedra toresana que tan ejemplarmente combatió don Pepe Navarro hasta hacerse polvo enamorado– sepulcro de la capilla de la Majestad, cuyo escudo de armas sostiene una pareja de inofensivos patizambos no demasiado salvajes.

Del templo de San Lorenzo se estudia el sepulcro de don Pedro de Castilla y doña Beatriz de Fonseca (ornado con las virtudes teologales en su frente, el sol Bernardino en el intradós y dos parejas de ángeles tenentes sosteniendo el epitafio y las armas familiares flanqueadas por sendas inscripciones latinas de hondo calado: “Vivis? An haec nostros oculos tua fallit imago?...” y “Quam genus et virtus evexit ad aethera quondam...”), encargado, junto con el magnífico retablo pintado

nada menos que por Fernando Gallego (1494-96), por el hijo del matrimonio don Sancho de Castilla hacía los últimos años del siglo XV. Además del descubierto durante la restauración de 1929 e instalado bajo la tribuna, está datado en 1312 y decorado con un nutrido cortejo fúnebre y una crucifixión a sus pies; el yacente del arcosolio del muro norte (en su frente aparecen imágenes de Santa Águeda, Santa Madgalena, Santa Catalina de Alejandría, Santa Margarita y Santa Bárbara) de fines del siglo XV o inicios del XVI y el de la capilla de los Tapia, de pareja cronología. En la parroquial de Santa María de Roncesvalles y Santa Catalina se han conservado otros tres sepulcros con sencilla decoración heráldica, uno de ellos con caballero yacente. En el museo de San Salvador de los Caballeros otra caja procedente del Santo Sepulcro (presenta escudos con lobos pasantes) y en Santa María de Arbas una pieza con cortejo fúnebre, Epifanía y mutilado yacente masculino de inicios del siglo XIV y otra con cinco blasones de lunas invertidas dispuestas en aspa de mediados del siglo XV.

Un trabajo bien ensamblado, libre de cortantes rebabas y con juntas perfectamente machihembradas ajustadas al canteo. Encajan las piezas porque la buena formación requiere paciencia, medida y tino, no se improvisa allá que te voy. Quizás sobren *auctoritas* y menciones de celebridad, se entreveran muchos apretones de mano y pocos tirones de oreja; a mitad del camino, nunca es malo, todo lo contrario. Sin duda que el cernido tiempo deparará, de la pluma de la prometedora autora, nueva y más granada cosecha. Y que pronto la disfrutemos.

José Luis Hernando Garrido
UNED. Centro Asociado de Zamora